

Olaudah Equiano

Vida y relato de
Olaudah Equiano o Gustavus
El Africano

Traducción Vicente Lane



Capítulo II

Tengo la esperanza que el lector no sienta que me haya aprovechado de su paciencia al presentarme relatando primero las maneras y costumbres de mi país. Éstas me fueron inculcadas con mucho cuidado y quedaron engarzadas a mi memoria, imborrables incluso con el paso del tiempo. La adversidad y las vicisitudes de la fortuna que he vivido sólo han servido para reforzarla: ya sea el amor hacia el país del que uno proviene algo real o imaginario, una lección de la razón o un instinto de la naturaleza, aún puedo rememorar con placer esas primeras escenas de mi vida, incluso cuando en gran medida ese placer haya sido teñido por la aflicción.

Ya he dado a conocer al lector el lugar y el momento en que nací. La familia de mi padre, además de contar con varios esclavos, era bastante numerosa, en la cual siete de sus hijos alcanzaron la adultez, incluyéndome a mí mismo y a mi hermana, quien fue su única hija. Como fui el último de sus hijos, me convertí, como cabe suponer, en el favorito de mi madre, y me mantuve siempre a su lado; por su parte, puso mucho esmero en mi educación. Desde temprana edad que se me instruyó en el arte de la guerra. Mis entrenamientos diarios consistían en disparar y arrojar jabalinas, mientras mi madre se dedicaba a adornarme con emblemas a la manera de nuestros guerreros más afamados.

Así fui creciendo, hasta alcanzar los once años de edad, momento

en que mis dichas de infancia llegaron a su fin, tras lo siguiente: Por lo general, cuando la gente adulta del vecindario salía lejos a labrar los campos, los niños y niñas se reunían en alguno de los aposentos y allí permanecían, jugando. Alguno de los que nos quedábamos se subía un árbol y mantenía guardia por si se acercaba algún bandido o secuestrador, pues sucedía que buscaban aprovecharse de vulnerabilidades como ésta para atacar y llevarse consigo tantos como pudieran. Cierta día, mientras mantenía guardia sobre un árbol en nuestro patio, vi a una de estas personas encaramarse al terreno de uno de nuestros vecinos con intención de secuestro, pues había muchos jóvenes jugando allí. Inmediatamente di la alarma, delatando la presencia del canalla, el cual fue entonces rodeado por los más fuertes entre los jóvenes, quienes lo apresaron con sogas para que no pudiese escapar hasta que llegaran los adultos y lo pudiesen atar adecuadamente. Pero ¡Ay! No tardó demasiado en cumplirse mi destino, el de ser tomado por sorpresa y secuestrado durante la ausencia de nuestros adultos. Así, un día en que, como de costumbre, la mayoría de nuestra gente había salido a trabajar y mi querida hermana y yo habíamos quedado a cargo de las labores domésticas, dos hombres y una mujer saltaron los muros y de un momento a otro nos apresaron a ambos, amordazándonos, sin dejarnos siquiera un momento para gritar o resistirnos, y llevándonos consigo al bosque más cercano. Allí nos ataron las manos y nos condujeron cada vez más lejos, hasta que cayó la noche y llegamos a una caseta donde los bandidos se detuvieron a refrescarse y pernoctar. Nos cortaron las amarras, pero no nos dieron alimento alguno; abrumados por el cansancio y el abatimiento, sólo pudimos encontrar algo de consuelo al dormir, un breve alivio ante la catástrofe de nuestra mala fortuna. A la mañana siguiente abandonamos la casa y viajamos el día entero. Habíamos estado cruzando la espesura del bosque hasta que llegamos a un camino que creí reconocer. Se avivaban mis esperanzas de ser rescatados, ya que tras avanzar un corto trecho por aquel camino pude vislumbrar que a la distancia ciertas personas caminaban. Comencé a gritar auxilio, pero mis gritos no resultaron más que en mordaza y atadura, tras lo cual mis secuestraron me echaron dentro de un saco. También le ataron las manos y amordazaron a mi hermana, y así nos mantuvieron hasta que hubiésemos perdido de vista a esos viajeros.

Llegada la noche y el momento de descansar, nos ofrecieron de sus vituallas, pero las rechazamos y el único alivio que conseguimos aquella noche fue la de dormir abrazados y secarnos las lágrimas el uno al otro. Pronto nos privaron incluso del mísero desahogo de llorar juntos. Jamás había sentido el grado de desolación que sobrevino al día siguiente, día en que fui separado de hermana, arrancados uno de los brazos del otro. En vano intentamos suplicarles que no nos separasen; la arrancaron de milado e inmediatamente se la llevaron, dejándome en un estado de perplejidad que no es posible describir. Sollocé durante varios días seguidos y no comí cosa alguna salvo lo que lograban hacerme tragar a la fuerza.

Luego de numerosos días viajando, en los que cambié muchas veces de propietario, caí en manos de uno de los jefes de un país muy apacible. Este hombre tenía dos esposas y varios hijos, y cada uno de ellos, al utilizarme como esclavo, me dieron muy buen trato, e hicieron lo posible por confortarme, especialmente su primera esposa, quien se asemejaba a mi madre. Aunque me encontraba a varios días de distancia, estas personas hablaban mi mismo idioma. Mi primer maestro, si así he de llamarlo, era herrero, y mi principal tarea fue la de asistirle con los fuelles, que eran del mismo tipo que había visto en mi vecindad. En muchos aspectos se asemejan a los hornos que aquí en Inglaterra se utilizan en las cocinas de sus señorías. Se recubren con cuero y en su centro se fija un palo que sirve de palanca; una persona, de pie, lo debía trabajar de la misma manera en que se quisiera extraer agua de un tonel ocupando una bomba a mano. Si bien recuerdo, diría lo que principalmente trabajaba era oro, ya que el metal era de un color amarillo brillante asombroso y los adornos que confeccionábamos eran luego estilados en las muñecas y tobillos de las mujeres. Estimo que debo haber permanecido allí cerca de un mes, hasta que finalmente confiaron en darme libertad, permitiéndome ir donde fuese con tal de permanecer cerca de la casa. Ocupé esta libertad para aprovechar cualquier oportunidad que se me presentase para inquirir acerca del camino de regreso a mi propio hogar, así también, en ciertas ocasiones y con el mismo propósito, acompañaba a las damas a llenar cántaros de agua de uso doméstico. A medida en que había ido sido trasladado de un lugar a otro había procurado identificar el lugar desde donde nacía el sol en las mañanas y el punto donde se escondía

al atardecer. Grabé en mente la noción de que la casa de mi padre se encontraba en la dirección del sol naciente. Estaba determinado en aprovechar la primera oportunidad que se me presentase para escapar y ponerme en marcha, pues me sentía oprimido y apesadumbrado por la ausencia de mi madre y amigos; y mi deseo de libertad, cada vez mayor, se acrecentaba por la humillante circunstancia de compartir mesa junto a los niños libres, a pesar de que para ellos yo fuese un compañero.

Cierto día, mientras planificaba mi huída, acaeció un infortunio que estropeó en gran medida el plan que había ideado y sepultó las esperanzas que había estado albergado.

En ocasiones se me empleaba como asistente de una anciana esclava cuando cocinaba y cuidaba de las aves de corral. Cierta mañana, mientras daba de comer a los pollos, sin pensarlo mucho arrojé una piedrecilla a uno de ellos, dándole de lleno y causándole la muerte. La esclava anciana, prontamente echando en falta el pollo, me preguntó qué había ocurrido, y al relatarle el accidente (diciéndole la verdad, puesto que mi madre jamás me hubiese aguantado una mentira) llegó a trastornarse, amenazándome con sufrir castigo por aquello, y no encontrándose allí mi maestro, inmediatamente salió a delatarme con su ama. Me inundó la angustia al pensar que no dudarían en azotarme, puesto que en casa rara vez había sido golpeado.

En aquella desesperación resolví huir de inmediato, echándome a correr hacia un matorral cercano y permaneciendo escondido entre los arbustos. Poco después, la esclava había regresado junto a la dueña y dándose cuenta que no me encontraba allí, registraron la casa de arriba abajo. Al no encontrarme y sin recibir respuesta a sus llamados, pensaron que había huido y alertaron al vecindario entero para que saliera en busca mía. En aquella región (al igual que en la nuestra) las casas y aldeas se encuentran bordeadas por bosques o matorrales, donde los arbustos crecen tan densamente que cualquier persona podría fácilmente esconderse en ellos, rindiendo inútil incluso la más exhaustiva de la búsquedas. Los vecinos dedicaron el día entero a mi búsqueda y en muchas ocasiones se acercaron tan sólo a unos cuantos metros desde donde yo me escondía. Ya me había dado por vencido, y cada vez que escuchaba algún crujido o movimiento entre las ramas, asumía que se me descubriría y recibiría el castigo de mi dueño; pero no

lograron descubrirme. A menudo sucedió que se acercaron lo suficiente como para que incluso pudiese escuchar el susurro de sus conjeturas: decían que cualquier intento de regresar a casa sería infructuoso. Varios de ellos suponían que había huido de regreso a mi hogar, sin embargo también decían que la distancia era tan grande, y el sendero tan intrincado, que pensaban que jamás lo lograría y que me perdería en los bosques. Al escuchar esto me abrumó el pánico y me abandoné a la desesperación. La noche comenzó a bajar y se acrecentaron mis miedos. Había albergado la esperanza de retornar a mi hogar, resuelto a intentarlo cuando oscureciese; pero ahora me había convencido de que todo aquello era inútil, y había comenzar a pensar que, de lograr ponerme a salvo de todo el resto de los animales, no podría escapar al animal humano, y que, sin conocer el camino de regreso, moriría en el bosque. Era como un ciervo al que se le da la caza:

“Ahora toda hoja en la espesura y todo tenue aliento esconde un enemigo, y todo enemigo una muerte.”¹¹

Escuchaba agitaciones entre el follaje, y muy convencido de que se trataba de serpientes asumía que en cualquier momento me morderían. Crecía mi angustia y el horror de mi situación se hacía insoportable. Eventualmente abandoné el matorral, muy débil y hambriento, puesto que no había bebido ni comido durante el día entero; me escabullí al interior de la cocina de mi dueño desde la cual había escapado en primera instancia, y me tumbé sobre una ruma de cenizas con un terrible deseo de que la muerte me librara de todas mis penas. No me había despertado del todo cuando en la mañana entró la esclava anciana, quien era la primera en levantarse a encender el fuego, encontrándome allí echado. Se sorprendió muchísimo al encontrarme ahí, apenas creyéndole a sus propios ojos. Ahora me aseguraba que intercedería en mi nombre, a lo que fue a buscar a su dueño, quien llegó de inmediato y, amonestándome brevemente, ordenó que se me atendiese y que se me tratara con cuidado.

Al poco tiempo de que esto sucediera, la única hija de nuestro maestro, que era también hija de su primera esposa, enfermó y murió, afectándole a su padre a tal punto que durante un tiempo parecía haberse

11 Versos del poema *Cooper's Hill*, de Sir John Denham (1642): “*Now ev'ry leaf, and ev'ry moving breath/ Presents a foe, and ev'ry foe a death*” (N. del T.).

abandonado a la desesperación. Realmente se hubiese dado la muerte de no ser porque fue cuidado y disuadido de ello. Sin embargo, poco después, se recuperó y me puso a la venta. Ahora se me acarrea hacia el norte, cruzando muchos países y extensos bosques. Las personas a las que fui vendido a menudo me acarreaban a sus espaldas u hombros cuando mi fatiga resultaba excesiva. Vi que, de tanto en tanto, en el camino se levantaban varias postas con albergues para que los mercaderes y viajeros pudiesen descansar junto a sus esposas, con las cuales suelen viajar, por lo demás siempre muy bien armados.

Del momento en que había salido de mi propio país siempre había encontrado a alguien que entendiese mi idioma, hasta llegar a las orillas del océano. Las lenguas que hablaban las distintas naciones no eran tan lejanas unas de otras, ni tan copiosas, como las europeas, especialmente en el caso del inglés. Por ende, eran de fácil aprendizaje; y, al desplazarme a lo largo de África, adquirí dominio de dos o tres idiomas distintos. De este modo fui trasladado de un lugar a otro durante un bastante tiempo, hasta que cierta tarde vi que a la casa en la que me encontraba ¡Entraba ni más ni menos que mi propia hermana! Tan pronto me vio, pegó un chillido agudo y corrió hacia mis brazos. Me sentía absolutamente abrumado, ninguno de los dos lograba hablar. Permanecimos abrazados un largo rato sin poder hacer más que llorar. Nuestro encuentro afectó a todos los que lo presenciaron. Debo admitir, por su parte, que de aquellos negros infractores de los derechos humanos jamás recibí mal trato, así tampoco sobre el resto de sus esclavos, salvo el de atarlos cuando era necesario para frustrar sus posibles fugas. Cuando nuestros captores se enteraron que hermano y hermana se habían reencontrado, nos consintieron, y el hombre al que supuestamente yo le pertenecía durmió entre nosotros, él al medio, mientras mi hermana y yo dormimos con las manos entrelazadas por sobre su pecho. Así, durante un breve momento, la alegría de estar nuevamente juntos nos hizo olvidar toda nuestra mala fortuna. Pero incluso este pequeño consuelo debía llegar a su fin; apenas se asomaba el fatal amanecer que una vez más la apartaría de mi lado ¡Y esta vez para siempre! Sentía una desolación aun más terrible, de ser eso posible. Se difuminaba el efímero alivio que su presencia le había brindado a mi aflicción, y la miseria de mi situación se redoblaba a causa de la ansiedad que sobrevenía al

pensar en cuál sería su destino, del temor ante la posibilidad de que sus sufrimientos fuesen peores que los míos, aún más el que yo no pudiese estar ahí para soportarlos juntos ¡Sí, querida compañera de todos nuestros juegos de infancia, cómplice de mis alegrías y penas! Me hubiese considerado una persona absolutamente dichosa si en tu lugar hubiese podido vivir tus infortunios y procurar tu libertad sacrificando la mía. Aunque a temprana edad te separaron de mis brazos, tu imagen quedó por siempre grabada en mi corazón, permaneciendo allí resguardada de las vicisitudes del *tiempo* y la *fortuna*. Mis pensamientos en torno a tus sufrimientos han empañado mi prosperidad y se han mezclado con la adversidad para incrementar su amargura. A aquel Cielo que protege a los débiles de los fuertes le encomiendo la protección de tu inocencia y de tus virtudes, si acaso no hayan recibido ya su justa recompensa, y de tu juventud y delicadeza, no sea que hace tiempo hayan caído víctimas de la violencia del mercader africano, de la pestilencia del barco esclavista, de la dura aclimatación en las colonias europeas o de la brutalidad y lujuria del despiadado capataz.

No permanecí en ese lugar mucho después de que se llevaran a mi hermana. Fui vendido una vez más y me acarrearón por varios sitios hasta que, habiendo viajado bastante tiempo, llegué a un pueblo llamado Tinmah, en el país más hermoso que había visto en África. Era sumamente próspero y una multitud riachuelos que le cruzaban desembocaban en una gran laguna al centro del pueblo, donde la gente acudía a lavarse. Aquí fue donde por primera vez vi y probé cocos tostados, que me parecieron mucho más sabrosos que cualquier otra nuez que hubiese probado, y los árboles, cargados a tope con estos frutos, se esparcían por entremedio de las casas que contaban con la sombra de sus cómodos aleros y que eran del mismo estilo que las nuestras: pulcramente enlucidas y encaladas. También fue aquí que probé por primera vez la caña de azúcar. El dinero que aquí se transaba consistía en pequeñas conchas blancas, del tamaño de una uña. Fui vendido por ciento setenta y dos libras de estas conchas a un mercader que residía en el pueblo. Habrían transcurrido dos o tres días desde mi llegada a su hogar cuando una viuda pudiente, vecina de mi dueño, pasó por la casa en compañía de su único hijo, un joven caballero probablemente de mi misma edad y porte. Por alguna razón mi aspecto despertó su interés y resolvieron

comprarme, llevándome consigo de vuelta a su hogar. Su casa y aposentos se situaban cerca de unos de los riachuelos que ya mencioné, y era de las más elegantes que vi en África: sus terrenos eran extensos y contaban con numerosos esclavos a su servicio. Al día siguiente me lavaron y perfumaron, y al llegar la hora de la merienda me condujeron ante la presencia de mi dueña, donde comí y bebí junto a ella y su hijo. Estaba muy asombrado, y apenas podía disimularlo al ver que el joven amo me consintiera de esa forma, yo siendo propiedad y él siendo libre. No sólo eso, sino el hecho de que no probara bocado ni bebida antes que yo los hubiese probado antes, siendo que yo era mayor y de acuerdo a nuestras costumbres se procedía de ese modo. Todo aquí, todo el trato que recibí, me hizo olvidar que era esclavo. Su lengua se asemejaba tanto a la nuestra al punto de entendernos perfectamente. Practicaban las mismas costumbres que nosotros. A su vez, habían otros esclavos que nos atendían a diario mientras mi joven dueño y yo practicábamos con nuestros dardos y arco y flecha, tal y como se me había acostumbrado en mi tierra. Dos meses permanecí en aquella semejanza a la libertad. Comenzaba a creer que quizás sería adoptado como miembro de su familia y asimismo me iba reconciliando con mi situación, lentamente olvidando el peso de mi infortunio, cuando de pronto toda esa ilusión se esfumó. Muy temprano cierta mañana, mientras mi querido dueño y compañero aun dormía, se me despertó del sueño para sumergirme en nuevas penas: forzosamente se me arrojó entre los incircuncisos¹².

Así, en el mismo momento en que soñaba con la mayor felicidad, se me presentó la mayor miseria. Parecía como si la mismísima fortuna hubiese querido darme a probar un bocado de alegría sólo para hacer más intenso el dolor de su opuesto. El cambio de situación que ahora atravesaba era en la misma medida doloroso como súbito e inopinado. Efectivamente era una caída desde un estado de plenitud a un estado que me es difícil de expresar, puesto que en él se alojaba un elemento que me era desconocido, del cual ni siquiera había escuchado y donde instancias de crueldad y miseria ocurrían con una frecuencia que no puedo recordar sin espanto.

Todas las naciones y pueblos que hasta entonces había conocido se asemejaban al mío en sus costumbres, maneras y lenguaje, pero a la larga

¹² Con aquello se refiere a otro grupo o casta. (*N. del T.*).

llegué a un país donde sus habitantes eran distintos en cada uno de esos aspectos. Esta diferencia me desconcertó, especialmente al encontrarme entre gentes que no se circuncidaban y que comían sin antes lavarse las manos. También cocinaban en ollas de hierro y poseían alfanjes y ballestas europeas, que jamás se habían visto entre nosotros, y entre ellos acostumbraban a reñir a puños. Sus mujeres no eran tan modestas como las que hasta entonces había conocido, puesto que comían, bebían y dormían junto a sus hombres. Pero por sobre todo, lo que más se sorprendió fue comprobar que no realizaban sacrificio u ofrenda alguna. En ciertos lugares las personas se ornamentaban con cicatrices y afilaban sus dientes. En ocasiones quisieron adornarme en el mismo estilo, pero yo no se lo permití, esperando que a futuro pudiese encontrarme entre gentes que no se desfiguraran de la manera en que ellos lo hacían.

Finalmente llegué a las riberas de un gran río cubierto de canoas, en las que la gente parecía vivir junto a todos sus artículos domésticos y provisiones. EL paisaje me dejó atónito. Nunca había visto un cuerpo de agua más grande que una laguna o un estero, y mi sorpresa se iba mezclando con un miedo no menor al ser embarcado sobre una de estas canoas, miedo que iba en aumento a medida que íbamos remando y cruzando el río. Cayó la noche al momento en que llegábamos a la orilla contraria, donde prendimos fogatas y cada familia se agrupaba en torno a sí, algunas de ellas arrastrando sus canoas ribera arriba, mientras que otras cocinaban y se alojaban en ellas. Aquellos en la ribera poseían esterillas, con las cuales armaban tiendas, algunas incluso tomando la forma de pequeñas casas: adentro de ellas pernoctamos. Tras desayunar a la mañana siguiente nos volvimos a embarcar, remando al igual que el día anterior. Me sorprendía mucho ver cómo ciertas mujeres, al igual que hombres, se zambullían en el agua y buceaban hasta el fondo para volver a reflotar, simplemente nadando en el agua. Así, seguí trasladándome, a veces por tierra, otras por agua, cruzando diferentes tierras y naciones hasta que, con el paso de unos seis o siete meses desde mi secuestro, llegué a la costa del océano. Resultaría demasiado tedioso y de poco interés el que relatara cada uno de los incidentes por los que pasé durante esta travesía, que por lo demás no he olvidado, las muchas personas que me compraron y vendieron, las maneras y costumbres de los diferentes individuos con los cuales conviví: por lo que sólo mencionaré que en cada

uno de los lugares que estuve la tierra era sumamente fértil, las calabazas, eadas, plátanos, yams, entre muchas otras frutas y verduras, que crecían en abundancia y tamaño. También había grandes cantidades de diferentes gomas, aunque éstas no se utilizaban para ningún propósito, y en todas partes grandes cantidades de tabaco. El algodón crecía salvaje y había mucha madera roja. En todo el trayecto no vi que se empleara ningún tipo de técnica mecánica artesanal salvo las ya mencionadas. La ocupación principal en todos estos países era la agricultura, y tanto a las mujeres como a los hombres se les enseñaba la técnica agrícola, al igual que de la guerra.

Lo primero que me saltó a la vista al llegar a la costa fue el mar y un barco esclavista que se encontraba allí fondeado esperando su carga. Ambas cosas me llenaron de un asombro que pronto se convirtió en pavor, al ser llevado a bordo. Inmediatamente algunos tripulantes me revisaron y zarandearon para comprobar mi salud. Se me intentó convencer de que había entrado a un mundo de espíritus malvados y que me matarían. Sus cuerpos, tan distintos a los nuestros, su cabello largo y el idioma que hablaban (diferente a cualquier otro que había escuchado hasta el momento) convergían para hacerme creer en todo aquello. Tantos eran los horrores y temores que se presentaban ante mí que, si fuera el dueño de diez mil planetas, fácilmente los hubiera intercambiado todos por volverme a encontrar incluso en el lugar del esclavo más vil de mi propio país.

Mirando en rededor de la embarcación: el gran horno de cobre hirviendo y una multitud encadenada de negros de toda denominación, cada una de sus facciones expresando abatimiento y pesar, no hicieron más que confirmar mi destino. Abrumado por el terror y la angustia, caí desmayado e inmóvil sobre la cubierta. Al recomponerme un poco vi que alrededor mío se agrupaban algunas personas negras que parecían ser los mismos que me habían llevado a bordo y que habían estado recibiendo su paga. Intentaban hablarme y animarme, sin conseguir que surtiera efecto alguno en mí. Les pregunté si acaso no nos comerían esos hombres blancos que hacían muecas espantosas, que eran de caras rojizas y pelo lacio. Me aseguraron que no, y uno en la tripulación trajo un poco de licor espirituoso en una copa de vino, pero, por temor a él, no quise aceptarlo. Entonces uno de los negros tomó la copa y

me la pasó, cediendo entonces a que un poco del brebaje bajara por mi garganta; pero antes que animarme, como prometieron que haría, me arrojó en cambio a una profunda consternación por la extraña sensación que había surtido en mí, jamás habiendo probado un licor así. Poco después, los negros que me habían llevado a bordo desaparecieron y me abandonaron a mi propia desesperación. Ahora veía desvanecerse cualquier posibilidad de retornar a mi país, incluso la más leve esperanza de retornar a la costa, que a estas alturas me parecía deseable. Deseé mucho retornar a mi antigua situación de esclavo antes de seguir en aquel presente repleto de horrores, exacerbados por mi desconocimiento de lo que iría a suceder.

No se me permitió permanecer mucho rato en aquella aflicción. Pronto se me llevó bajo cubierta y mi nariz recibió tal bienvenida como jamás había sentido: mezclados mis llantos con la repugnancia del hedor, sentí tal malestar y abatimiento que no logré comer, ni sentía deseo alguno por probar bocado. Quería que se me presentara el último de mis amigos, la Muerte, y que me librara de todo aquello, pero pronto, a mi pesar, dos de los hombres blancos me ofrecieron comida y al negarme a comer, uno de ellos me agarró fuerte de las manos y me tumbó sobre lo que creo que podría haber sido el molinete, atándome los pies mientras el otro me azotaba fieramente. Jamás había vivido algo así, y debido a que nunca antes había conocido el agua en la forma que ahora la veía, naturalmente llegué a espantarme. Aun así, de haber logrado cruzar las redes, habría saltado por la borda, pero ni esto podía hacer. La tripulación solía vigilarnos de cerca cuando no estábamos encadenados en cubierta, no fuese a suceder que alguno de nosotros saltara. Presencí cómo a algunos de estos pobres Africanos son torturados por intentarlo o ser azotados incesantemente por negarse a comer. Así igual me sucedía con frecuencia.

Poco tiempo después, entre los pobres hombres allí encadenados, encontré a algunos de mi propia nación, que en cierta medida le dio algo de consuelo a mi mente. Les pregunté qué sería de nosotros. Se me dio a entender que seríamos llevados al país de esta gente blanca, donde seríamos puestos a trabajar a su servicio. Con eso conseguí revivir un poco y pensé, si no es más que trabajo, mi situación no es la peor: pero aún, a causa del aspecto que estos blancos daban y la salvaje manera

en que actuaban, temía que se me matara. Jamás había visto en pueblo alguno un proceder tan lleno de brutalidad y crueldad, y aquello no sólo a los negros, sino que también en ocasiones se trataban de la misma forma entre los mismos blancos. En particular, vi cómo azotaban a un hombre blanco atado al palo trinquete de una forma tan despiadada que a la larga murió a causa de los golpes. Luego lo arrojaron por la borda como si fuese un bulto cualquiera. Aquello me hizo temerles aun más y no me esperaba de ellos un trato mejor que el que había visto. No podía evitar expresar mis miedos y aprensiones a algunos de mis compatriotas: les pregunté si acaso esta gente no tenía país, si acaso vivían en este vehículo hueco (el navío): me contestaron que no, que tenían país pero que era uno distante. ‘Entonces,’ les dije, ‘¿cómo es que en nuestro país jamás escuché hablar acerca de ellos?’ Y me contestaron que se debía a que vivían verdaderamente muy lejos. Luego les pregunté qué había sucedido con sus mujeres, si acaso se les parecían. Me contestaron que sí, pero que habían sido dejadas atrás, en su propio país. Pregunté también cómo es que el navío podía desplazarse, pero no supieron responder más que señalando a los paños de tela que se amarraban por sobre los mástiles y que por medio de ellos el navío andaba, que los hombres blancos tenían alguna clase de sortilegio o magia que echaban sobre el mar cuando deseaban que el navío se detuviese. Ese relato me asombró muchísimo, y pensé que en realidad los hombres blancos podían ser espíritus. Con mayor razón deseaba librarme de su presencia, pensando que de un momento a otro me sacrificarían: pero por mucho que lo deseara, aquello no se cumplió. Estábamos tan hacinados que era imposible para ninguno de nosotros escapar.

Mientras permanecemos fondeados en la bahía pasé la mayor parte del tiempo en cubierta. Cierta día, para gran sorpresa mía, a la distancia vi venir acercándose uno de estos navíos con sus velas desplegadas. Tan pronto como los blancos la vieron, dieron tremendos alaridos que nos sobresaltaron, y cada vez más fuertes a medida que el navío se agrandaba ante nuestra vista. Finalmente llegó a fondear a una distancia en que era perfectamente visible y cuando soltaron el ancla, viendo aquello junto a mis compatriotas, nos rendimos ante el asombro de presenciar cómo se detenía el navío, convencidos que no se trataba de magia. Al poco rato bajaron sus botes y llegaron hasta nosotros, subiendo a bordo,

y los tripulantes de ambas embarcaciones parecían muy contentos de reunirse. Varios de estos desconocidos se acercaron a sacudir nuestras manos, las de la gente negra, y hacían gestos con las suyas, que yo suponía que significaba que iríamos a su país, pero no lográbamos entenderles. Llegó el momento en que nuestro navío había recibido toda su carga y sus tripulantes comenzaron a vociferar ferozmente; a nosotros nos dirigieron bajo cubierta, por lo que no pudimos observar cómo manejaban el navío. Pero esta decepción era la menor de mis penas. Mientras estuvimos fondeados en la costa el hedor de la bodega era tan repugnantemente insoportable que era peligroso permanecer allí abajo, y a algunos de nosotros se nos permitió esperar en cubierta para tomar aire fresco. Ahora que el barco había sido completamente cargado la pestilencia era indescriptible. A la estrechez del espacio y el calor del clima se le sumaba el hacinamiento, que era tal que apenas había espacio para darse la vuelta y era prácticamente sofocante. Esta situación provocaba profusas sudoraciones, al punto que prontamente el aire se hizo imposible de respirar, saturado con una variedad de repugnantes olores, llamando a la enfermedad entre los esclavos y de la cual eventualmente muchos murieron, cayendo víctimas de esta avaricia desbocada. Esta miserable condición a su vez se acentuaba a causa de la mortificación de las cadenas, que era verdaderamente insufrible, y la inmundicia de las letrinas, a las que los pequeños a menudo caían, corriendo el peligro de ahogarse. Los alaridos de las mujeres, los gemidos de los moribundos brindaban a la escena un horror casi inconcebible. Quizás afortunadamente para mí, pronto me sentí tan débil que se consideró necesario que se me mantuviera casi siempre en cubierta, y a causa de mi temprana juventud no se estimaron necesarios los grilletes. En esta situación a toda hora asumía que correría la misma suerte de mis compañeros, viendo con tanta frecuencia que a algunos de ellos se les traía a cubierta al borde de la muerte, que comencé a desear un fin a todas estas miserias. A menudo se me antojó que los que yacen en el suelo eran verdaderamente más felices que los vivos. Les envidiaba por la libertad de la que disfrutaban y con frecuencia deseé intercambiar su condición por la mía.

Toda situación que se me presentaba servía únicamente para acrecentar el dolor, incrementar mis aprensiones y mi opinión acerca

de la crueldad de los blancos. Cierta día habían pescado numerosos peces. Cuando los hubieron cocinado y ya empachados con la cantidad que dictara su antojo, envés de darnos a comer a nosotros, como esperábamos, arrojaron los peces restantes por la borda, pese a los ruegos y súplicas que intentábamos formular lo mejor posible, todo en vano. Algunos de mis compatriotas, acuciados por el hambre, intentaron aprovechar la oportunidad, cuando creían que nadie les veía, de hacerse con unos cuantos a escondidas; sin embargo les descubrieron, y la osadía les valió severos azotes. Otro día, cuando el mar se presentaba calmo y soplaba una brisa templada, dos de mis agobiados compatriotas que se encontraban encadenados el uno al otro (me encontraba cerca de ellos en ese momento), prefiriendo la muerte a esa miseria de vida, de alguna forma lograron cruzar las redes y saltaron al mar. Inmediatamente otro tipo, preso de abatimiento, quien a causa de su enfermedad se le eximía de sus grilletes, siguió su ejemplo; y me parece que muchos otros lo habrían intentado de no ser porque la tripulación fue inmediatamente puesta en alerta. A los que nos encontrábamos con mayor libertad de movimiento nos acarrearón rápidamente bajo cubierta, y se formó tal alboroto y confusión entre la gente del barco como no había visto hasta el momento, pidiendo que detuvieran su marcha y bajaran botes que fuesen a recobrar a los esclavos. Dos de los infelices ya se habían ahogado, pero atraparon al tercero, y al traerlo a cubierta lo azotaron despiadadamente por haber preferido la muerte a la esclavitud. Así fue como continuamos padeciendo muchas más penurias de las que podría relatar aquí, penurias que son inseparables de este comercio execrable. Muchas veces estuvimos al borde de la asfixia por falta de ventilación, cosa que sucedía frecuentemente y a diario. Aquello, además de la pestilencia de las letrinas, fue la perdición de muchos. Durante nuestra travesía por primera vez vi peces voladores, los que me causaron profunda impresión. A menudo sucedía que volaban por sobre el barco y muchos de ellos terminaban por caer en cubierta. También vi por primera vez el uso del cuadrante. Había visto varias veces cómo los marineros llevaban a cabo sus observaciones utilizándolo, pero no lograba entender qué era lo que hacían. Finalmente se percataron de mi sorpresa y cierto día uno de ellos, dispuesto a avivarla y darle en el gusto a mi curiosidad, me invitó a mirar a

través de él. Las nubes me parecían ser de tierra, desvaneciéndose a medida que pasaban por sobre nosotros. Me sentí maravillado, estando cada vez más convencido de que me sido transportado a otro mundo, y que todo lo que me rodeaba estaba inundado de magia.

Finalmente llegamos a la isla de Barbados, ante la vista de la cual los blancos a bordo comenzaron a dar fuertes gritos y a gesticular alegremente hacia nosotros. Nosotros no sabíamos qué pensar al respecto, pero a medida que el navío se acercaba logramos ver claramente el puerto y otros navíos de distintos tipos y tamaños. Prontamente fondeamos cerca de ellos en las aguas alledañas a Bridge Town. Muchos mercaderes y terratenientes de plantaciones subieron a bordo a pesar de que a esa hora iba anocheciendo. Nos separaron por grupos y nos examinaron meticulosamente. También nos hicieron saltar, y mientras hacíamos todo esto apuntaban hacia la tierra, queriendo decir que allí es donde iríamos. A causa de todo este frenesí pensamos que estos horrendos hombres nos irían a comer. Para cuando nos volvieron a acarrear bajo cubierta entre nosotros se había esparcido mucho temor y estremecimiento, y nada salvo sollozos amargos se escucharon aquella noche, hasta que finalmente la gente blanca mandó a llamar a viejos esclavos del lugar para que nos calmaran. Nos dijeron que no nos comerían, sino que seríamos puestos a trabajar, y que pronto bajaríamos a tierra firme donde nos encontraríamos con muchos de nuestros compatriotas. Nos alivió muchísimo esta información. Efectivamente, tan pronto como pisamos tierra firme vinieron hacia nosotros africanos hablando en toda clase de lenguas. Inmediatamente nos condujeron al patio del mercader, donde nos encerraron a todos juntos como ovejas en un redil, sin discriminar entre sexo o edad. Como todo objeto que veía me resultaba nuevo, todo me causaba una gran impresión. Lo primero que me sorprendió fue que las casas se construían por pisos, y en todo aspecto eran distintas a las africanas. Pero lo que me sorprendió aun más fue ver gente montando a caballo. No me imaginaba qué podía significar, y verdaderamente creía que esta gente eran maestros en artes mágicas. Encontrándome así de atónito, uno de mis compañeros de barco le preguntó a uno de sus compatriotas acerca de los caballos, y éste le respondió que eran del mismo tipo que había en su país. Yo podía entenderles, pese a que provenían de

otra región de África, y encontré muy extraño que en mi propio país no hubiese visto caballos. Más adelante, cuando llegué a hablar con muchos africanos de distinta proveniencia, descubrí que varios de ellos venían de lugares donde se utilizaban una gran cantidad de caballos y que éstos eran bastante más grandes que los que aquí veíamos. No pasamos muchos días bajo custodia del mercader antes que nos vendieran de la manera más común, que consiste en: -Dada una señal (supongamos al ritmo de un tambor), los compradores se abalanzan hacia el patio donde se mantiene confinados a los esclavos, y donde escogen el grupo que más les tienta. El ruido y clamor con que esto realiza, y la ansiedad en los semblantes de los compradores, no ayudan en lo absoluto a apaciguar las aprensiones de los africanos ya aterrorizados por todas esas personas que nos parecían heraldos de la devastación. Es de esta forma, sin escrúpulo alguno, que se separa a amigos y familia, la mayoría de ellos para jamás volverse a ver. Recuerdo que en el navío en el que se nos trajo, en el cuarto de los hombres había varios hermanos, quienes en la venta fueron asignados a grupos distintos. Fue desgarrador presenciar en aquel momento su separación, sus gritos y llantos. ¡Eh, a los así llamados cristianos! ¿Acaso un africano no les preguntaría si han aprendido esto de su Dios, el mismo que les dice “Traten a los demás como ustedes quieran ser tratados [Lucas 6:31] ¿No basta acaso con que se nos abduzca de nuestro país y se nos separe de nuestros amistades sólo para trabajarles el lujo y las riquezas? ¿Debe así sacrificarse todo afecto de amor en el altar de su avaricia? ¿Deben separarse amigos queridos y cercanos, ahora puestos uno en los brazos del otro ante la ausencia de familiares, privándoles la mísera oportunidad de acompañarse en las penurias de la esclavitud? ¿Por qué padres deben perder a sus hijos, hermanos a hermanas o esposas a sus esposas? De seguro que se trata de una nueva sofisticación en las formas que asume la crueldad, que, sin contar con justificación que la redima, recrudece las aflicciones y los horrores de la miseria que es la esclavitud.